

## Discurso al alimón, SOCHEL, Aniversario 40 años

Macarena Areco y Sebastián Schoennenbeck  
Pontificia Universidad Católica de Chile

A nombre de la Pontificia Universidad Católica de Chile y de su Facultad de Letras queremos manifestar nuestra satisfacción por estar inaugurando hoy en nuestra casa de estudios este vigésimo segundo Congreso de la Sociedad Chilena de Estudios Literarios, SOCHEL, *Aniversario 40 años, Cartografías e imaginarios de la literatura chilena: espacios, temporalidades y sujetos*.

Queremos agradecer a todos los investigadores que han enviado sus propuestas, a los conferencistas, estudiantes y público general que participarán toda esta semana en las treinta y seis mesas del congreso y en las otras actividades, pues esto permitirá continuar una conversación que no se ha interrumpido desde el 8 de noviembre de 1979, fecha en que se creó la SOCHEL en la Universidad Austral de Chile, con el fin de “tener un espacio de encuentro y de diálogo”.

Con este propósito, un grupo de académicos propuso la creación de una organización que acogiera a profesores, investigadores, estudiantes y críticos de la literatura, cuyo primer presidente fue Luis Muñoz, de la Universidad de Concepción, y su primer secretario ejecutivo Iván Carrasco, de la Universidad Austral. “De esta manera —se lee en una fuente— surgió SOCHEL, como una sociedad de carácter científico que permitió coordinar esfuerzos, establecer vínculos, dentro y fuera del país, plantear sin censura las ideas sobre la literatura, los escritores, la cultura y la sociedad”.

Sobre este comienzo, Juan Gabriel Araya nos escribe: “En esa primera reunión valdiviana, recuerdo que se elaboró un acta de fundación, que se ratificó en Concepción, en el segundo congreso. En esa primera reunión se discutió acerca del nombre que debía tener la institución. Algunos pensaron en La Palabra Poética, en la onda del estructuralismo. Siempre hubo un ambiente de camaradería académica, cálido y amistoso”.

Pero antes, considerando las condiciones materiales de ese entonces, pensamos en lo obvio: en 1979 no había ni internet ni wasap ni facebook ni instagram ni la fiebre de los artículos indexados, ni Conycit ni Fondecyt ni núcleos milenios. Tampoco universidades privadas. Sí había máquinas de escribir, faxes, fichas rectangulares de cartulina amarillenta. El modelo generacional ya existía.

En 1979 nos encontrábamos en los tiempos de mayor oscuridad de la dictadura. Es el año de las investigaciones sobre Lonquén, del conato de conflicto con Argentina; todavía no empezaban las jornadas de protesta de 1983, ni se habían creado la Alianza Democrática ni el Movimiento Democrático Popular. Las universidades, desmembradas y reducidas, estaban intervenidas, con rectores delegados.

Sobre este periodo nos escribe Jaime Concha:

En torno a 1980, yo estaba trasladándome de la Universidad de Washington a la de California en La Jolla. Como comprenderás, no eran los estudios literarios que se hacían en Chile lo que más me preocupaba, sino otras cosas menos agradables. Yo estaba absorbiendo el revoltijo teórico norteamericano, así que todo lo que se hiciera por otros lados me parecía de perlas y de una claridad meridiana. Algunos colegas que conocía, supérstites en el país, siguieron trabajando con talento y calidad, como Gilberto Triviños, por ejemplo, que publicó buenas cosas antes de su muerte prematura. De ahí deduzco que cierta gente joven pudo aprovechar el tiempo, a pesar de ser este duro y más bien oscuro. De hecho, cuando volví al país a dictar uno que otro seminario, hallé a estudiantes de primera, muy bien formados que de alguna manera habían logrado superar las barreras de todo tipo que imponía la dictadura.

En 1979, el panorama editorial era poco auspicioso y la censura arreciaba. Ese año, el libro *Una Herida Abierta (detenidos desaparecidos)* de Patricia Verdugo y Claudio Orrego fue prohibido. Nos cuenta Rodrigo Cánovas:

En 1979 la censura (sicológica y legal) reinaba sin contrapeso, avalada por el miedo y también por un apoyo (nunca se sabrá cuánto, pero existía de modo visible) hacia la dictadura. La represión hacía enmudecer. SOCHEL surge como una institución francamente disidente, independiente de los Rectores Delegados y con la clara premisa de implantar la libertad de cátedra. Hay que recordar también que surge en región y no en la capital, generando alianzas locales que hasta ahora se mantienen.

Pero la poesía más que sobrevivía y 1979 fue en cierto sentido un annus mirabilis: Zurita publicó *Purgatorio*, Lihn, *A partir de Manhattan* y Millán, en el exilio, *La ciudad*.

Sobre los estudios literarios, Mauricio Ostría resume:

En los años 70 y 80 en Chile, los estudios literarios debieron enfrentar la falta de libertad que implicaba la presencia de una dictadura cívico-militar que se impuso con el golpe de estado que derrocó al presidente Allende. Esta

situación política que afectó la vida toda del país, coincidió, en el caso de los estudios literarios, con un cambio de paradigma que venía gestándose desde los 60. En efecto, el enfoque predominantemente historicista y esteticista, de raíz positivista y comparatista (basado en la relación autor-obra-contexto socio-histórico-cultural y generacional) se vio sustituido por el análisis formalista y estructuralista (inspirado especialmente en el formalismo ruso y checo, en la lingüística saussureana y en el estructuralismo francés y alemán) que, por una parte, permitía eludir las referencias directas al contexto externo, pero, por otra, favorecía la comprensión del texto literario como fenómeno lingüístico y semiótico. Tal vez quien representa mejor este enfoque en Chile es Félix Martínez Bonati.

Por su parte, Diamela Eltit recuerda que:

Los estudios literarios de la Universidad Católica contemplaban literatura española. Para mí fue interesante ver el desarrollo de la lengua. También latinoamericana, pero mi paso por la Universidad fue en los momentos del gran movimiento de estudiantes que cambiaron los currículum. Fue un tiempo único e irrepetible en la Universidad Católica. El profesor de retórica de esos años hizo el examen final en el Estadio de la Universidad y las alumnas y alumnos debían dar su examen en traje de baño. Fue caótico. En la Universidad de Chile, fue exactamente lo contrario, el golpe de Estado revoloteaba como cuervo en ese tiempo universitario. Pero los estudios fueron especialmente teóricos, el 73, 74, leíamos a Foucault, Lacan, Benjamin, entre otros. Fue impactante. Pero el clima general era tétrico porque la situación era espantosa.

En ese tiempo, existían muy pocos programas de posgrado, pero ya contábamos con las revistas *Atenea* (1924) de la Universidad de Concepción, *Aisthesis* (1966) de nuestra universidad, *Estudios filológicos* (1969) de la Universidad Austral, la *Revista Chilena de Literatura* (1970) de la Universidad de Chile y *Taller de Letras* (1971) de nuestra casa de estudios.

Respecto a este ámbito teórico dominado por el estructuralismo, dice Cánovas:

Hace 40 años los análisis sociales marxistas de la literatura y la cultura (los cuales habían sido muy variados) estaban desterrados. Si en 1970 la lectura de George Lukács, Lucien Goldman, Ernst Fischer y Louis Althusser era normal y generaba amplio debate, después del golpe y durante el transcurso de la década de los 70 fueron sustituidas por análisis formalistas basados principalmente en la lingüística y en la semiología. También se dieron lecturas muy fragmentadas y dispersas sobre psicoanálisis y deconstrucción (Lacan y

Derrida) y circularon de modo lateral textos de W. Benjamin y M. Foucault, fomentados por académicos con formación de posgrado generalmente en universidades francesas. El discurso de la lucha de clases fue censurado y se sustituyó por y se desplazó hacia la interrogante sobre el lenguaje.

Rodrigo Cánovas continúa:

Hacia 1979 se comienzan a consolidar las revistas universitarias, donde se realiza un gran esfuerzo para llevar a cabo una crítica literaria fundamentada en la teoría, imponiéndose el estructuralismo literario. Las revistas constituyen un parapeto frente al lenguaje estereotipado y oficial del periodismo, donde se acusa al estructuralismo como antihumanista. Las revistas universitarias otorgan identidad a los departamentos de literatura, pues proponen un lenguaje científico, desde el cual se intenta rescatar autores y tradiciones, a la vez que se exploran nuevos corpus, como el relato folklórico y el mito.

Eduardo Barraza distingue lo que era

la literatura en la Enseñanza Media (llamada Humanidades) y la universitaria. Y el hecho es que había una diferencia abismante que se apreciaba cuando se rendía el Bachillerato. Profesores titulados no eran muchos en los Liceos y se auxiliaban con manuales y crestomatías. La orientación era más bien enciclopédica, filológica. Recuentos y valoraciones impresionistas de obras y autores... y la críptica definición de que 'literatura era la expresión de la belleza por medio de la palabra' sin comprender apenas lo que era la belleza ni lo que era la palabra hablada por cada uno de nosotros. La Universidad no cambiaba mucho en ese sentido. . . El manual era desplazado por las tesis de Kayser, Wellek y Warren, Bühler. Nuevamente se trataba de retener fragmentos (como la descripción del escudo de Aquiles o los versos de apertura del poema de Mío Cid).

Estos son algunos recuerdos de una época tan distinta a estos días de hiperconexión y rapidez, en que un grupo de profesores pensaron que, a pesar de todo, era necesaria una conversación sobre literatura, pues ello era una manera de aportar más allá de la contingencia, y parece que no se equivocaron, porque, cuarenta años después, celebramos orgullosos este vigésimo segundo congreso de la SOCHEL.